

EN PUNTO

A los 10 años del Plan de Estabilización

EL EQUILIBRIO ECONOMICO: ¿UN OBJETIVO REALIZABLE?

Se acaban de cumplir los diez primeros años de la política económica española que tuvo su presentación oficial con el Plan de Estabilización de 1959, acontecimiento ya de obligada referencia en todos los análisis de los más diversos aspectos de la actual configuración de la sociedad española. No es necesario insistir aquí en los principales objetivos de aquella operación, que estaba destinada a sentar las bases de lo que se ha llegado a denominar —no sin cierta ironía— «la nueva frontera del capitalismo español». Se trataba, en esencia, de buscar un difícil punto de equilibrio, tanto interior como exterior, que corrigiera, en la medida de lo posible, la anarquía y los desajustes que, de forma

obsesiva, protagonizaban el crecimiento del capitalismo español. Con ello, y como resultado de una nueva correlación de fuerzas, se cerraba —con liquidación apresurada de las existencias— una larga etapa de teoría y práctica autárquicas, una vez agotadas sus quiméricas posibilidades.

A partir de entonces, y después de sufrir las consecuencias más inmediatas del conjunto de medidas estabilizadoras, la economía española iniciaba un fuerte período expansivo, con algunas tasas de crecimiento «espectaculares», que, de forma tan precipitada como subjetiva, unos las calificaban de «milagro», mientras otros se resistían a reconocerlas. En el primer caso se ignoraban, sin duda, las

limitaciones inherentes al sistema, que pronto se pondrían de manifiesto de forma inequívoca; en el segundo se menospreciaban evidentemente las posibilidades del capitalismo para encontrar los mecanismos que permiten la expansión del mercado, la reproducción del capital, etc., asegurando así su propia continuidad.

El desenlace del I Plan de Desarrollo sería concluyente: el crecimiento de la economía española seguía acompañándose de fuertes desequilibrios internos, de bruscas oscilaciones en el ritmo de producción de alzas —ciertamente espectaculares— de los precios, etc., etc., tensiones todas ellas que responden a una dinámica propia, incapaces de ser controladas desde cualquier organismo planificador. Desajustes que, al agotar progresivamente el margen de maniobra recuperado en 1959, incidirían sobre el equilibrio exterior, que sólo, en muy contadas ocasiones, pudo mantenerse. La devaluación de 1967 —a la búsqueda de los mismos objetivos y bajo idéntica preocupación que en 1939— mostraría

elocuentemente la verdadera naturaleza de la política entonces emprendida.

Hoy, a los diez años del Plan de Estabilización, vuelven a reproducirse de nuevo los mismos síntomas. Tras una etapa de recesión que siguió a las medidas estabilizadoras de 1967, se asiste, desde hace unos meses, a una brusca sacudida en el ritmo de producción de los sectores industriales, perfectamente descontrolada, que está generando una fuerte expansión de la demanda, muy por encima de las escasas posibilidades de maniobra con que cuenta el sistema. Por una parte la Banca privada, aumentando el volumen de disponibilidades liquidas a través del crédito —94.590 millones de pesetas de enero a junio de 1969, frente a 56.912 millones de pesetas en igual período de 1968—, y, por otra, el considerable incremento de la carga que supone la financiación de diversos organismos (S. N. de C., OFILE, RENFE, FORPPA, etc.) a través del Banco de España, han fomentado una expansión del Gasto que

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

DE LA CIENCIA-FICCION A LA POLITICA-FICCION

Un día los lectores de «Le Monde» se encontraron con que la sección «Au jour le jour», firmada habitualmente por el profesor Robert Escarpit, llevaba abajo el muy español nombre de Pablo de la Higuera. Muchos pensaron en un seudónimo. Nada de eso. Pablo de la Higuera no era un francés disfrazado de español, sino un español químicamente puro: «Un castellano pasado por agua o un gallego mesetario, según se me mire de frente o de perfil», como él mismo ha escrito.

Y, efectivamente, Pablo de la Higuera nació en Morales de Toro (Zamora) el año que España inauguraba la segunda edición de la República, viviendo en Galicia toda su juventud. A los veintiocho años, como un gallego más, emprendió la aventura de América. Sólo que su América estuvo en París, donde reside desde entonces con un breve paréntesis londinense. Colaborador habitual de «Le Monde» y Radio París, escribió teatro (lo hace indistintamente en francés y castellano) y amplió los estudios de Derecho que cursó en Santiago. Fruto de lo primero han sido, entre otras, las obras «Les Trois Musiciens», «Le Miroir», «Les Pappillons» (estrenada en versión castellana en el Arlequín, de Madrid) e «Iré a San Francisco» (o «Las peligrosas inclinaciones "hippycas" de un Jefe de Negociado»). De lo segundo, cursos de Letras en la Sorbona y Cambridge. Ahora prepara un libro: «Microcrónica de los años sesenta».

Pablo de la Higuera cubrirá, desde esta semana, en TRIUNFO una sección en exclusiva nacional: «Crónicas de la Era Lunar». Esta es la primera de ellas.



Contra lo que pudiera creerse, la Era Lunar no comenzó el 20 de julio de 1969, con la llegada de los primeros hombres a la Luna. La Era Lunar, en el sentido más amplio y más realmente lunar de la expresión, empezó mucho antes, con la segunda gran revolución del siglo, después de la de octubre del 17: la revolución de las palabras, que llevó un elemento de cósmico delirio a la vida política de los pueblos. Cuando la ciencia-ficción fue derrotada por el «Apolo XI», la poderosa imaginación humana no se anquilosó en sus meninges, ni mucho menos: oportunamente había inventado la política-ficción.

Operando al socaire de las revoluciones sociales, y en cierto modo como vacuna contra ellas, la revolución verborrérica se ha venido desplegando ingeniosa, taimada y solapadamente, sin que apenas nos diéramos cuenta. Burla burlando, burlando bastante, las palabras se fueron liberando alegremente de sus sentidos originales hasta llegar a significar exactamente todo lo contrario. Pimpante y camaleónico, el vocabulario político tradicional fue cobrando imprevistos y riquísimos matices. Palabras tales como libertad, diálogo, democracia, socialismo, izquierda, paz, revolución, ampliaron generosamente sus horizontes conceptuales, llenándose de sorprendentes contenidos. Los neofascistas alemanes eran así demócratas, y el señor Ulbricht, también. La revolución no sólo la hacen Castro y Mao Tse Tung, sino también Patakas, Onganía, los sucesivos militares brasileños y el general Ky. Gracias a esta vasta operación de ensanche conceptual,

las democracias proliferan como hongos: junto a la democracia liberal, se inventó la popular, la social, la cristiana, la socialcristiana, la orgánica, la inorgánica y la por organizar. Todo ello en espera de inventar la democracia. Entre tanto, la paz estallaba en todas partes a bombarzo limpio, pero era, sin duda, la paz, puesto que las guerras no se declaraban. Imperturbable y funcional, la O. N. U., que, como todo el mundo sabe, quiere decir Organización de las Naciones Unidas, presidía el cotarro. Entrábamos de lleno en la Era Lunar.

La pacificación del Planeta después del último cataclismo mundial se hizo así, a vocablo desbocado. Ejércitos triunfantes liberaban los países ocupados y, sin solución de continuidad, ocupaban los países liberados. Pero se decía de otra manera. Más allá, unos aviadores pacificaban un país con bombas de napalm. Y entre liberaciones y pacificaciones de este tipo se inventaban expresiones tan felices como «guerra fría», «fuerza de disuasión», «coexistencia pacífica» y «equilibrio del terror», en las que se transparentaba un leve e involuntario humorismo. Así, terroríficamente equilibrados y pacíficamente coexistentes, nos enteramos con alivio de que ya no nos partiríamos la crisma a golpe de bombas atómicas, sino más civilizada y razonablemente, con bombas disuasorias. Para facilitar la cosa, los ministros de la Guerra se sustituyeron por pacíficos e inofensivos ministerios de Defensa.

En plena revolución verbal asistíamos a la revuelta de los niños, de los curas, de los ten-

deros. Aquí y allá, los adultos —todós, explotadores y explotados— observaban a la defensiva a una muchacha que, aprovechando la feliz circunstancia de que los mayores no le habían organizado la gran guerra de turno, tuvo por fin tiempo para decir esta vida es mía. Y los chicos le dijeron a su manera, jovialmente: con flores o con «cócteles molotov». Las calles de las ciudades se poblaron de marxistas que no habían leído a Marx y de marcusistas que no habían leído a Marcuse. Bernadette de Irlanda, católica, minifaldera y visionaria, cantaba su joven canción desesperada. Era la otra canción de Bernadette.

Paralelamente, desaparecía del diccionario político una palabra histórica y fundamental: «derechas». De pronto, como por encanto, la humanidad se quedó políticamente manca. Con la misma profunda convicción con que todo el mundo se proclamó demócrata y revolucionario, ya nadie se consideró de derechas. En las últimas elecciones presidenciales francesas se produjo un fenómeno geométricamente imposible: había en lid un centro y una izquierda, pero no había derecha. Nadie ha podido explicar en el centro de qué estaba el centro.

Me duele un poco la cabeza. Ando aún de vacaciones y no estoy para estos trotes. Resulta que este verano ha llovido en Alicante y ha hecho un calor tórrido en Galicia. Debe de ser la revolución termométrica; otra más. Qué complicado se va poniendo todo, caramba. En fin, trataré de aclararme un poco en las próximas semanas.